

### Resumen

La ponencia es producto de un estudio exploratorio, cuyo objetivo principal es indagar en el contexto histórico político venezolano los elementos que sustentaron la construcción de las identidades políticas del venezolano con el proyecto democrático venezolano modernizador que se instaura a partir de 1958. También busca establecer algunas posibles explicaciones en relación con el proceso de erosión de las mismas en el desarrollo de la vida democrática del país. Por último, se reflexiona acerca de los posibles espacios para la construcción de nuevas identidades y se llama la atención sobre las propuestas neoliberales y el papel creciente de los medios en la formación de nuevas identidades.

### Abstract

The exposition is a result of an exploratory research, whose main objective is to find out about the Venezuelan political history's issues that support the construction of the Venezuelans political identities through the democratic and modern Venezuelan project, which began in 1958. Besides, the exposition tries to give some possible explanations about the erosion of these political identities in the development of the democratic life of the country. Finally, it is reflected about of the new identities construction and it is focussed the neoliberal proposes and the role of the communication media in the formation of new identities.

■ Emilia Bermúdez



ILUSTRACIÓN: ARNALDO MONGES

# Las identidades políticas

En Venezuela, las ideas de industrialización, de democracia política y social, de autonomía en el manejo de la riqueza petrolera nacional que sustentó el nacionalismo, constituyeron los elementos sobre los cuales se configuraron las identidades políticas y las diferencias de los distintos actores sociales y políticos.

**A** partir de la década de los treinta, Venezuela empieza a ser una sociedad movilizadora alrededor de las ideas y propuestas relativas a la construcción de una sociedad moderna.

Ese proyecto de elaborada construcción discursiva copó, no sólo el espacio político, sino la totalidad del espacio social como propuesta de orden, cuya factibilidad descansaba en su abierta capacidad articuladora y creadora de sentido social. Para decirlo en términos de Hinkelammert, el proyecto modernizador constituía la utopía, el sueño que fundó y movió la esperanza de la sociedad venezolana durante un prolongado período. Esto no fue, por supuesto, un fenómeno exclusivo de nuestro país. Todas las élites políticas e intelectuales de América Latina volcaron su mirada hacia ese espejo para encontrarse y abrazarse a la propuesta desarrollista.

Como lo expresa Faletto "...el desarrollo actuó durante largo tiempo como virtual "conciencia nacional" y fue alrededor de sus opciones que se construyeron gran parte de las identidades sociales: de los empresarios, de los sectores agrarios, de la tecno-burocracia, de los sectores medios, de los obreros, de los sectores populares urbanos y así por delante" (Faletto, 1988: p. 181).

Luego de un proceso histórico-político de una gran confrontación ideológica (años treinta hasta finales de los cuarenta) en donde los distintos actores políticos compiten por la hegemonía política e ideológica del proyecto modernizador y luego de la lucha de resistencia a la dictadura Pérezjimenista, el resultado es la intersubjetivación, es decir, la construcción de un marco común de interpretación, expectativas y de una visión compartida sobre la idea de que la industrialización acelerada, la apertura política democrática y una mejor redistribución social de la riqueza, eran el camino para conquistar la utopía de un país moderno.

La articulación en relación con matrices doctrinarias distintas (Aprismo, Liberalismo, Socialdemocracia, Marxismo, Laborismo, etc.) marcaba las diferencias en relación con el sentido de la modernización y los "sujetos históricos" de la misma. Sin embargo, democracia, modernidad y nacionalismo constituían los núcleos duros de sentido y sobre los cuales se constituyó la negación a la dictadura, y al interior de algunos grupos como el caso de Acción Democrática, al comunismo (Véase Bermúdez, 1989).

El hecho de que esas ideas hayan lo-

“

Democracia, modernidad  
y nacionalismo constituían  
los núcleos duros de sentido y sobre  
los cuales se constituyó la negación  
a la dictadura, y al interior  
de algunos grupos como el caso  
de Acción Democrática,  
al comunismo

”

grado articular el sentido social, no quiere decir que su origen sea de carácter masivo, por el contrario, en Venezuela el origen de las identidades políticas es elitista.

Ese proceso de creación de identidades políticas en relación con la democracia y modernización, se produce sobre la base de un conjunto de demandas sociales, como las recogidas en la consigna "Pan, Tierra y Trabajo" y que son reelaboradas simbólicamente por las élites intelectuales y políticas para dar finalidad y sentido al proceso modernizador y a las formas de ordenar el poder y las relaciones sociales propuestas por ellas.

En los años anteriores a 1958, el discurso elaborado por esas élites intelectuales y políticas es el elemento fundamental sobre el cual se vehicula el sistema simbólico que permite la creación de valores, símbolos, ritos, creencias, imágenes, etc. a nivel político y movilizan el apoyo popular.

Los intelectuales no sólo tienen la capacidad para convertirse en los productos fundamentales de símbolos, sino de construir las instancias mediadoras en la sociedad venezolana que abre sus puertas a la modernización: los partidos políticos y las organizaciones gremiales y sindicales.

A través de esa mediación las élites ofrecen liderazgo, organización articulación para construir un orden en donde la mayoría se sienta incluida; mayoría que fue convertida discursivamente en un sujeto denominado "pueblo"<sup>2</sup>.

Lo que proponen las élites intelectuales que lideran los partidos políticos es un nuevo orden, un orden que rompiera con la estructura latifundista y oligárquica que representaba el viejo orden (Bermúdez, 1989:p.20). Se trataba de una "Revolución Burguesa y Democrática" que en el caso de los acciondemocratistas, consolidará una sociedad capitalista, símbolo del progreso, y en el caso de los comunistas, hasta los primeros años de la década de los sesenta, una etapa necesaria para llegar al socialismo. Pero en común, compartían la idea de refundar la nación en nuevos valores: la soberanía, la justicia, las libertades públicas y civiles y el progreso. De esa manera, el sustrato cultural sobre el cual se cimentan las identidades políticas está configurado a partir de una red discursiva sustentada en elementos de elaboración simbólica de carácter liberal democrático.

De esas ideas liberales, igualdad y libertad, son las dos ideas a partir de las cuales los sectores populares logran en mayor medida reelaborar, interpretar y otorgar sentido a la democracia. A la igualdad le otorgan un sentido cognitivo y valorativo en donde se privilegia la igualdad de oportunidades en la redistribución social de la riqueza sobre el sentido jurídico que le imprimen los liberales. Ese sentido se expresaba objetivamente en las demandas de educación, vivienda, salud, empleo, etc.

Por su parte, la libertad, es apropiada en su dimensión más política: libertad de opinión y libre elección de los gobernantes sin las restricciones del liberalismo tradicional.

El nacionalismo es otro elemento significativo en la construcción de las identidades políticas del venezolano con el proyecto democrático modernizador. Nacionalismo significaba oposición al imperialismo<sup>3</sup>, soberanía sobre la riqueza petrolera e independencia económica.

La otra idea importante es la idea de pueblo; a través de esa idea se convoca e interpela como unidad al diverso universo social sobre el cual se construye la interpelación de ese sujeto en un "nosotros". Un nosotros que de manera muy sui géneris, no los convierte en actores sino en sujetos de la acción del Estado. El Estado es concebido como el espacio en el cual se condensa la unidad y la voluntad de ese nosotros, y al cual las élites que lideran políticamente el proyecto modernizador le asignan el papel central en la construcción del nuevo orden<sup>4</sup>. Sobre ese papel del Estado, se creó una noción y representación del Estado Demo-

crático basada en la imagen de ordenador del espacio común.

En los años anteriores a 1958 y los primeros años de la democracia, la diversidad y la exclusión se resumían en el par dictadura/democracia y sobre esa elaboración se fue articulando también la relación del nosotros y el otro. Sin embargo, e independientemente de la diversidad ideológico-política; la modernización y la democracia permitieron construir un sentido de comunidad política<sup>5</sup> que sirvió de sustento para crear las condiciones que hicieron posible los pactos políticos y sociales en 1958.

Dos acontecimientos aceleran ese proceso de creación de las identidades políticas; por una parte, el trienio adeco había actuado como efecto demostración y como experiencia de vida para los sectores mayoritarios del país, y por otra parte, la vuelta a la dictadura (1948-1958) permitió madurar el proceso de identidad con el proyecto político democrático y modernizador propuesto por las élites intelectuales y políticas de Acción Democrática, y crear consenso en relación con una democracia liberal burguesa y las alianzas para derrocar la dictadura.

Con ese proceso de alianzas se terminan de configurar las identidades políticas en una relación de inclusión/exclusión que divide el universo político-social en demócratas vs. comunistas.

La exclusión del P.C.V. del pacto de Punto Fijo y la separación de Acción Democrática del sector socialista, marcan el establecimiento de dos bloques en abierta lucha: por un lado, el sector reformista de AD, algunas organizaciones empresariales y sindicales, la Iglesia y las fuerzas militares, y por el otro, los comunistas y socialistas organizados en los partidos M.I.R. y P.C.V. principalmente, y las organizaciones sindicales y gremiales controladas por la izquierda.

En estas fracturas y reacomodos, dos hechos inciden significativamente: por un lado, la revolución cubana marca un proceso de reelaboración y reinterpretación cognitiva y valorativa de la revolución por parte de la izquierda venezolana que les lleva a romper con el paradigma de que la "revolución democrático burguesa" era una etapa necesaria para llegar al socialismo y, por lo tanto, con su creencia sobre la necesidad de la modernización capitalista del país, reagrupándose entonces en torno a la idea de una transformación socialista a través de las armas. De esa manera, se fundan las organizaciones armadas de liberación nacional y el movimiento

de guerrillas.

Por otro lado, los sostenedores del proyecto modernizador capitalista radicalizan su anticomunismo y a partir de los sesenta, éste pasa a ser un elemento importante que los identifica. Ser democrático pasa a ser el equivalente a ser anticomunista. La oposición y lucha se mantiene en un eje de pares opuestos entre democracia y comunismo.

En esa lógica en que se establecieron las diferencias y equivalencias, se da el proceso de descomposición y redefinición de los actores sociales y políticos y se construye el principio de alteridad y de escenificación<sup>6</sup> que consolida las identidades políticas en relación con la democracia.

Una vez superada la crisis política que vive Venezuela en los primeros cinco años de democracia, debido a las intentonas de golpes militares de derecha y a los movimientos de guerrillas, la hegemonía del proyecto democrático y modernizador propuesto por Acción Democrática es indiscutible. Hegemonía que fue posible gracias a, por una parte, las alianzas y pactos sociales que se establecen en 1958 y a la incorporación de los sectores populares a la vida política e institucional a través del populismo y el clientelismo; modos característicos de inclusión política de los sectores populares del populismo tradicional en América Latina. (véase Mouzelis, 1994; Novaro, 1996).

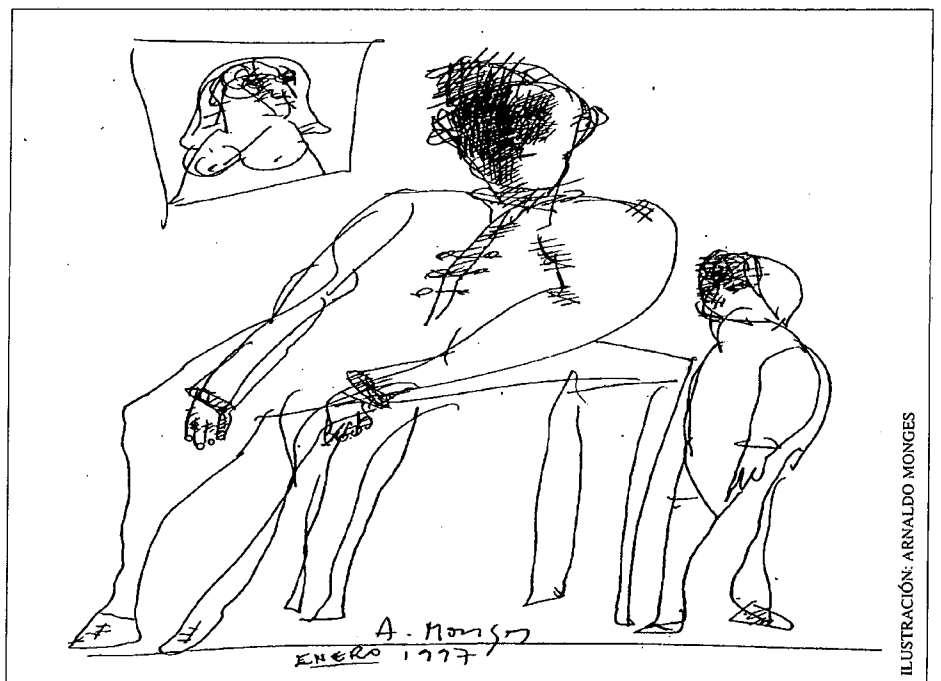
El populismo pasó a ser la forma más efectiva de agregación de esa diversidad de actores sociales mayoritarios a los cuales era necesario incluir. Así, el populismo

se insta en Venezuela con las características que Alberti le señala en el caso de otros países de América Latina, como un proceso de reconocimiento de demandas sociales y de construcción de identidad política en donde las mayorías se sienten incluidas en términos de "pueblo" (citado por Novaro, 1996: 92).

Esa combinación de la propuesta modernizadora y democrática con una forma política populista explica por qué la modernización no logra la producción del efecto de innovación cultural que Melucci señala como importante en la orientación de la acción colectiva y en la construcción de nuevas identidades (CLACSO, 1988: 199). A nuestro entender, el universo intersubjetivo en Venezuela, se produce sobre la base de un dualismo dentro del imaginario político que articula tradición y modernidad dando paso para la configuración de una cultura política híbrida.

Eso por supuesto, no es una característica exclusiva del caso venezolano. Como lo han señalado otros estudiosos, el populismo surge en nuestros países creando una fuerte identidad fundada en el carisma del líder (Novaro, 1996; Vilas, 1994; Mouzelis, 1994). Así por ejemplo, se configuraron partidos políticos modernos fundados sobre el carisma del líder y en estructuras altamente autoritarias que al mismo tiempo se expresaron en la creación de identidades cimentadas en valores, imágenes y ritos del personalismo.

Como lo expone Lechner, "A la conciencia moderna subyacen otras estructu-



ras en la medida en que la democracia no logra asegurar la integración simbólica de la sociedad, dando lugar a una conciencia gnóstica fundada en la fe para cerciorarse de sí misma". (Lechner, 1990: 151).

En Venezuela el populismo afianzó la revalorización y reelaboración del caudillismo. Las organizaciones políticas modernas se estructuran sobre una cultura política que no logra romper con el culto a la personalidad<sup>7</sup>. Cada partido tiene tu propio caudillo; Rómulo Betancourt en Acción Democrática, Rafael Caldera en COPEI, Jóvito Villalba en U.R.D. y este mismo esquema se reprodujo en los partidos de izquierda que se fundan después en la década del sesenta y del setenta.

Ese fenómeno puede ser explicado también, por el asentamiento que tiene en la memoria colectiva el mesianismo. El mesianismo es uno de los núcleos duros de sentido que aparece reelaborado y recodificado constantemente en la sociedad venezolana. Toda la historia se solidificó sobre la figura de héroes mesiánicos y autoritarios que fungieron como fundadores de lo nacional<sup>8</sup> y a los cuales apelan como fuente de inspiración los distintos discursos políticos.

El terreno fue propicio también para la aparición de un populismo en donde el vanguardismo de nuestras élites políticas reelaborado también como una propuesta mesiánica anuló la construcción del ciudadano como centro de una cultura democrática para crear lazos de identidad basados en el seguimiento al líder, en la imagen unificadora del mismo, en su poder personal, en el paisanismo, el compadrazgo y en la lealtad personal.

Esa imagen y seguimiento al líder se acompaña de un conjunto de rituales que constituían las formas de vinculación directa entre el líder y sus seguidores; y al mismo tiempo se crea una relación de carácter afectivo que reforzaba la identidad basada en el carisma con el partido. Es el caso, por ejemplo, de las concentraciones multitudinarias llamadas mítines y los recorridos por el país que realizaban con frecuencia los líderes en donde se bautizaban niños cuyos padrinos eran los candidatos presidenciales e inclusive se les ponía nombre en honor al mismo.

Los mítines y recorridos constituían la forma de comunicación y el contacto directo entre el líder y los militantes, en un país en el cual apenas empezaban a instalarse los primeros aparatos de televisión y la gran mayoría no tenía acceso a ese medio de comunicación.

Otro de los aspectos visibles y que no

“

El mesianismo es uno  
de los núcleos duros de sentido  
que aparece reelaborado  
y recodificado constantemente  
en la sociedad venezolana.

”

podemos dejar de lado es la utilización de una gran cantidad de símbolos y emblemas, himnos, escudos y banderas que actuaban como elementos de identificación y pertenencia al partido. En ese sentido llama la atención el conocimiento prácticamente masivo del himno y escudo de Acción Democrática por parte de las generaciones de los años cuarenta y cincuenta e inclusive ese partido tenía una marselesa que era entonada por los militantes en los principales actos.

El predominio de las identidades basadas en el carisma del líder, el caudillismo, el compadrazgo, el paisanismo y el clientelismo, desvanece la posibilidad de creación del ciudadano y de su relación e identificación con una cultura democrática, para dar paso a un tipo de orientación predominantemente utilitaria que se desarrolla, aún por el carácter clientelar de la relación política que se teje entre el partido y la militancia y por la mentalidad rentista que se incorpora con la cultura del petróleo. A nivel estructural estas orientaciones tienen su explicación en el carácter redistribucionista del Estado y en el sistema de conciliación de clases en el que se soportó la legitimidad del régimen democrático.

La relación clientelar hace que la definición del partido como instrumento organizativo de las voluntades asociadas se transforme, dando lugar a partidos de funcionarios y a maquinarias electorales que para conservar su clientela están obligados a mantener su cuota de poder y apropiarse de cargos públicos. Ese proceso va paulatinamente desvalorizando la función del partido como creador de iden-

tidades y diferencias basadas en opciones programáticas y le convierte en maquinarias electorales.

Las identidades políticas que se logran construir a partir de esas estructuras clientelares han dejado de estar referidas a un proyecto democrático y ahora son trasladadas a la identidad con el partido. La vocación y virtud del individuo se convierte en fidelidad al partido que actúa como mecanismo de mediación e inclusión en los beneficios de la redistribución de la renta petrolera.

Además, esos mecanismos clientelares de distribución actuaron también como excluyentes de la mayoría de la población en las decisiones sobre aspectos de importancia para el país, que fueron tomadas por las élites económicas y políticas. Esa exclusión, anula la posibilidad de construcción del ciudadano al no permitir la creación de un espacio que diera cabida a la participación en la constitución de lo público.

La conclusión parece apuntar a que en Venezuela se produce, como lo señala Raúl González Fabre, una dificultad enorme para producir un orden político que no vaya mediado por relaciones personales primarias (González F, 1995).

Sin desestimar la importancia de las orientaciones utilitarias en la búsqueda de la satisfacción de las demandas sociales y por supuesto en la creación de las identidades políticas, el problema es que el predominio del carácter instrumental en la orientación colectiva no propicia el desarrollo de un ciudadano que en equilibrio con la satisfacción de sus intereses de carácter utilitario, sea capaz de articularse a una comunidad de valores con orientaciones normativas y afectivas que aprecie la democracia como un proyecto de identidad y de responsabilidades compartidas. Un proyecto en donde el individuo pueda orientarse con base en reglas y normas que le permitan prever su acción en lo público.

La utilización de los mecanismos utilitarios se fundó sobre la base de relaciones políticas no abstractas; en relaciones primarias de facilismo, amiguismo, compadrazgo, paisanismo, que además, fortalecieron al clientelismo como orientación en esas relaciones políticas.

Ese proceso impide que se forme el espacio de lo público como marco de pertenencia y acción. Los mapas políticos culturales constituidos no permiten, por ejemplo, al individuo orientarse a través de la normativa legal o constitucional como el recorrido natural que debe evocar para su acción ante cualquier problema o

demanda, porque el recorrido que ofrecen las orientaciones políticas primarias dan mayor seguridad en la satisfacción de sus demandas. Así, las identidades políticas constituidas sobre ese tipo de relaciones van desvalorizando el sentido mismo de la democracia como proyecto de identidad ética. (Pfa Lara, 1992).

El valor de la igualdad, por ejemplo, se desvaloriza puesto que en la construcción de su mundo de vida, lugar sobre el cual soporta su interacción con la vida política, cotidianamente su experiencia le indica que su igualdad jurídica y social ante el Estado es una entelequia.

El venezolano no logra vivir la libertad, la igualdad y la participación en lo público mas allá de las relaciones objetivas que le aporta la práctica clientelar. El valor que le atribuye a la democracia pasa a depender de la resolución de sus demandas en la redistribución de la renta en razón de su condición de cliente del partido.

Al no tener en su práctica cotidiana la experiencia vivida de la construcción de su ciudadanía en el espacio de lo público, se va convirtiendo en un ser atomizado que resuelve sus demandas individualmente y se inhibe del espacio de lo colectivo.

#### CRISIS DE IDENTIDADES Y CRISIS DE DEMOCRACIA: NUEVOS ESPACIOS DE CONSTRUCCIÓN

En Venezuela la bonanza económica sustentada en la renta petrolera permitió que la democracia funcionara sobre la base de identidades políticas construidas a partir de las relaciones primarias tradicionales y del clientelismo. La legitimación fundada sobre mecanismos utilitarios había funcionado para mantener el sistema de democracia semicorporativa. (Rey, 1989: 26).

Sin embargo, una vez que la crisis económica se manifiesta en toda su amplitud, el desarrollismo y el populismo hacen aguas y también el tipo de mecanismos a partir de los cuales se crean las identidades políticas y se legitima el régimen democrático.

La crisis, aparte de dejar al descubierto nuestra fragilidad económica, también puso de manifiesto la erosión de las identidades políticas en relación con la democracia.

Estas identidades, que en principio estuvieron sustentadas sobre la base de un proyecto político que tenía la pretensión de convertir la democracia en una propuesta moderna de relación política entre la sociedad y el Estado, se fueron erosionando una vez que instaurado el nuevo sistema político no se rompe con los ele-

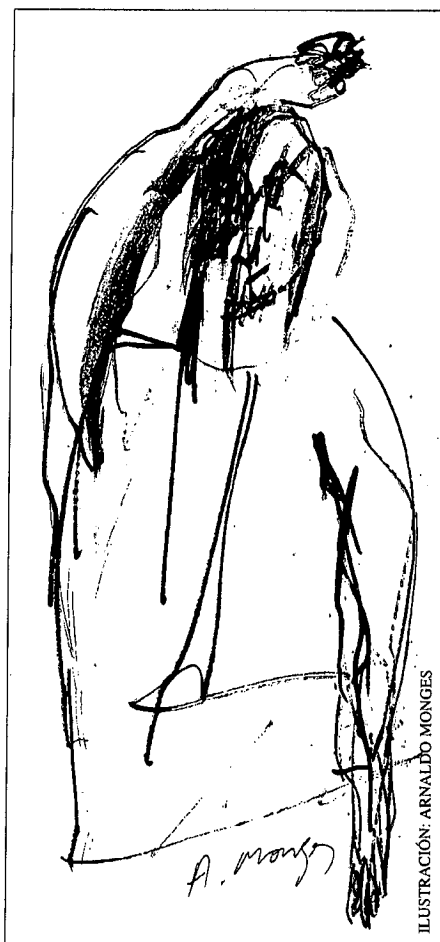
mentos tradicionales de la cultura política en Venezuela que señalamos antes. Tampoco logra imponerse una modernidad en donde el marco de orientación de las relaciones y prácticas políticas fuese soportado en un marco de orientación e interacción normativa con lo público y de participación ciudadana; y no organizado en relaciones primarias.

Además, una vez derrotado el movimiento guerrillero, (lo que implicaba la desaparición de uno de los pares opoisionales sobre el cual se construyó el antagonismo con el otro; democracia/comunismo) y consolidado el régimen político democrático, la elaboración simbólica de la democracia como proyecto en construcción fue abandonada por los intelectuales, principales elaboradores de símbolos y protagonistas del proceso político democrático y por los partidos políticos. Estos últimos se convierten en maquinarias para ganar elecciones y se desarrolla lo que Flores D'Arcaís denomina el "profesionalismo político" (Flores D'Arcaís, 1995).

Se desarrolla una democracia semicorporativa legitimada en mecanismos autoritarios (Rey, 1989) y se refuerza en la mayoría la concepción en donde la democracia es concebida como un medio para satisfacer las demandas particulares de grupos sociales y políticos. Para el individuo común, la participación en las decisiones políticas se reduce a los procesos eleccionarios (que como señalamos en la primera parte de este ensayo ha disminuido significativamente) y esa participación no se logra por una acción del electorado orientada con base en la elección entre distintos programas de gobierno, sino en relación con sus demandas y requerimientos más particulares e individuales en un contexto de alta desintegración.

Al aflorar la crisis económica, en la década de los ochenta, se pone de manifiesto la profunda debilidad del sistema político democrático una vez que se evidencia la imposibilidad de seguir manteniendo los niveles de satisfacción de las demandas de la gran mayoría y se van profundizando los grados de frustración con una democracia que a pesar de su carácter redistribucionista, acentuó los niveles de desigualdad social y no logra niveles de desempeño eficaz. (Ramos, R; 1995).

Por otra parte, los partidos disponen cada vez de menores recursos para hacer frente a su numerosa clientela y al mismo tiempo viven un profundo descrédito producto, no sólo de su incapacidad para dar respuesta a las nuevas demandas sociales; sino de la creciente corrupción que se ge-



nera en la administración del Estado y de la cual la inmensa mayoría de los venezolanos les hace responsables.

Pero, no son sólo los partidos políticos los que están en crisis, es el sistema de instituciones democráticas en su globalidad lo que repercute en una profunda debilidad de la democracia.

Según estudios recientes, la mayoría de los venezolanos no cree ni en los partidos, ni en los políticos, ni en las organizaciones sindicales, ni en el gobierno, ni en el sistema de justicia, ni en el parlamento, etc.; lo que evidencia que el venezolano como ciudadano no se siente representado y protegido por la institucionalidad democrática; en consecuencia, hay un profundo sentimiento de abandono, desamparo y desconfianza que socava las orientaciones afectivas sobre el sistema democrático.

El venezolano, mayoritariamente, está convencido de que los funcionarios públicos son corruptos, no se siente representado y prefiere abstenerse de participar en política. (Conciencia 21, 1995; Fundación Pensamiento y Acción, 1996).

En la mayoría de los estudios en los que se mide la credibilidad de las instituciones políticas, los partidos políticos y todas las

demás instituciones que conforman el sistema político democrático ocupan los últimos lugares, mientras que, las instituciones que organizan el espacio de la sociedad civil como la Iglesia, las Universidades, los medios de comunicación, etc., gozan de los mayores niveles de confianza. (Fundación Pensamiento y Acción, 1996).

El sistema electoral que se convirtió en la válvula de escape de los primeros años de la democracia, está también altamente cuestionado. La mayoría no confía en las elecciones como mecanismo de cambio y critica seriamente a las instituciones del sistema electoral<sup>9</sup>.

Además, la democracia construyó su base de sustentación sobre la figura del líder y experimenta una profunda crisis de liderazgo democrático, al no poder sustituir al viejo liderazgo y sus prácticas. El 4 de febrero, por ejemplo, pone al descubierto esa realidad.

Hombres de la generación del 36 son los que logran interpretar el sentimiento de las mayorías y canalizan el descontento al interpelar el sentido ético de la sociedad como es el caso de Rafael Caldera o del intelectual Arturo Uslar Pietri. Las nuevas generaciones no han logrado construir su propio liderazgo, ni una propuesta distinta de orden social a la instaurada en 1958.

En el caso de Rafael Caldera es importante resaltar que su figura además de interpelar el sentido ético de la política que la sociedad demandaba; puso también en evidencia cómo funciona aún el mesianismo dentro de los núcleos principales del sentido de la cultura política del venezolano.

Esa crisis de las instituciones democráticas y del liderazgo político completan el cuadro de una sociedad desmovilizada en donde los viejos actores ya no son capaces de producir identidades movilizadoras y no aparecen nuevos actores. Para decirlo en términos de Touraine, vivimos una sociedad de individuos fragmentados en donde el venezolano no se percibe ni como sujeto ni como actor.

Estamos en presencia de una crisis de la política<sup>10</sup> que es al mismo tiempo una crisis de representación que se expresa en una crisis del sistema político democrático, es decir, estamos en una relación en la que no existe adecuación entre lo que los venezolanos se imaginan que debe ser la política y la práctica política de los representantes.

Como lo han constatado los estudios empíricos, los venezolanos manifiestan no creer en la política. Esa falta de credibilidad reside en que la representación que

ellos tienen de la política es construida sobre la experiencia de lo que hacen los partidos y los políticos en los cuales ya no cree. En consecuencia, esa falta de credibilidad la traduce como rechazo y distanciamiento hacia la política.

La representación negativa que el venezolano tiene de la política hace que ésta pierda su capacidad integrativa y se observe un individuo en el cual la política no ocupa lugar en su vida. Se produce un retrotraimiento al espacio privado del individuo, ocupando su atención en las relaciones más cercanas con la familia, el trabajo, la religión, etc. (consúltese Conciencia 21, 1995).

Eso que ocurre con la política se manifiesta en relación con la democracia como una crisis de identidad con la democracia vivida. Cuando los venezolanos manifiestan, en los estudios empíricos, que prefieren y quieren la democracia como sistema político, están refiriéndose a la democracia deseada y pensada (libertad, ética, justicia, igualdad, seguridad, mejores condiciones de vida, orden) y no a la vida democrática que él ha experimentado, sobre la cual manifiesta una profunda insatisfacción.

Su imagen de la democracia como experiencia es altamente negativa lo que erosiona cada vez más el proceso de identidades políticas en relación con ella. Esta situación se hace más crítica en la medida en que se constata una creciente pérdida de entusiasmo, interés y motivación en los asuntos públicos.

En definitiva, la subjetivación que el venezolano tiene de la democracia, se ha construido sobre un proceso de interacciones e instituciones políticas que le han dado una experiencia de vida poco satisfactoria tanto para la resolución de sus demandas sociales como para suministrarle un marco normativo de acción. La profundización de las desigualdades sociales, la corrupción, la concentración del poder y la ineficiencia de las instituciones que se han producido durante el período de vida democrática, ha socavado las bases de la legitimidad del sistema político.

La incapacidad de ese sistema político para dar respuesta eficaz al conjunto de demandas de cambio político, aunado a la crisis económica que profundiza el deterioro de la calidad de vida, forma un clima de profundo escepticismo creando el caldo de cultivo necesario para el apoyo o simplemente indiferencia ante salidas autoritarias tal y como ocurrió el 4 de febrero y el 27 de noviembre de 1992<sup>11</sup>.

De hecho, los estudios también han

demostrado fuertes adhesiones y demandas de "autoridad", "disciplina" y "mano dura" ante la crisis, y la sociedad civil ha empezado a poner el acento en la creación de una nueva moralidad. Tampoco es desestimable en esta explicación el alto grado de credibilidad que la gente manifiesta tener en las Fuerzas Armadas y en la iglesia (ver Fundación Pensamiento y Acción, 1996). De hecho, la Iglesia ha asumido un liderazgo importante interpelando éticamente a la sociedad y asumiendo un discurso crítico frente a las profundas desigualdades sociales.

La otra tendencia que se observa en el comportamiento político del venezolano es alejarse de la escena colectiva lo cual es otro indicador que la democracia no ha funcionado como construcción de la ciudadanía. Independientemente de los problemas relativos a la postmodernidad, lo cierto es que la democracia ofreció una relación clientelar que el venezolano adoptó en detrimento de la posibilidad de vivir la democracia como construcción de la ciudadana. El venezolano no se siente responsable del buen funcionamiento de las instituciones y los negocios públicos son extraños a su interés. Situación que implica que en la actualidad su proceso integrativo a propuestas colectivas sea más dificultoso.

Por supuesto que la crisis de la política, la crisis de la democracia y sus consecuencias en la desestructuración de las identidades colectivas no es exclusiva a Venezuela. Este es un fenómeno mundial que ha empezado a plantear preguntas bien importantes sobre los cambios que se han suscitado en la manera como el colectivo concibe la democracia y el papel de la política en la construcción del orden social.

En el caso venezolano, es innegable que el futuro de la democracia reside en la posibilidad de hacer cambios importantes en las reglas del juego democrático y en la política. Como lo plantea Bobbio, es absurdo pensar en maneras diferentes de hacer política con actores y movimientos diferentes sin tomar en cuenta que ese cambio implica reglas de juego distintas (Bobbio, 1994).

También supone la factibilidad de crear un nuevo proyecto que adopte de identidad a los crecientes sectores fragmentados y de la capacidad que tenga un nuevo discurso para constituirse en ordenador de un sistema cultural simbólico distinto y capaz de revalorizar socialmente las reglas del juego democrático, formales y abstractas, en un momento en que las relaciones primarias basadas en compadrazgo, el ami-

guismo, el paisanismo, etc., y el presidencialismo están agotadas como formas de orientación e identificación.

Hoy la democracia en Venezuela requiere la constitución de una ciudadanía en donde los procesos de descentralización juegan un papel importante. Es el momento propicio para convertir el proceso de descentralización en un escenario que revierta el sentido de las identidades políticas como negación del otro para construir una ciudadanía común que basada en el reconocimiento de las diferencias locales edifique un sistema de derechos compartidos y un sujeto con capacidad de decidir su destino y futuro, responsable del rumbo colectivo de desarrollo que debe seguir el país.

Se trata de resignificar las identidades políticas en relación con la democracia, en un escenario en el cual el poder constructivo de la política tendría que hacerse en un marco de reconocimiento de una mayor equidad en la creciente demanda de las regiones para participar en las decisiones que les afectan como parte del colectivo nacional y en la construcción de nuevos mecanismos de integración simbólica en donde se reelabore un nuevo sentido de lo nacional a partir del reconocimiento de lo local como espacio común más cercano y natural de la formación del ciudadano.

Lo local le permite vivir la democracia como una experiencia cotidiana en la medida en que puede formar parte de quienes deciden los asuntos que directamente le afectan. La sustitución de la democracia formal por la democracia directa, tiene que dejar de ser un juego de palabras y elaborarse sobre las experiencias más locales de gobierno y el replanteamiento del Estado nacional.

Ante esa nueva realidad, la pregunta es ¿dónde se elabora ese nuevo sentido social? ¿Se sigue produciendo a partir de la política o se han creado nuevas formas de generar sentido?

El creciente proceso de diferenciación y complejización de nuestra sociedad ha pulverizado los viejos sujetos y sus rutinas e introduce cambios en el papel de la política. Lo político comienza a tener limitaciones para representar lo social en los términos clásicos en que se venía desempeñando.

También el pueblo o la clase como sujetos históricos de la conquista de la democracia han ido desdibujándose y asistimos a la emergencia del individuo. El lenguaje que en el pasado articuló a lo social y a lo político y construyó identi-

“

Se trata de construir un nuevo sentido del orden, de un orden no homogéneo sino de un orden que sea capaz de articular las diferencias creando espacios de revalorización de la pluralidad democrática.

”

dades con la democracia no guarda ninguna relación con la emergencia del individuo como sujeto.

El ciudadano observa a la política como una actividad que le es extraña, como fuente de conflicto y corrupción, rechazándola. En consecuencia, se produce una crisis de la política que le dificulta jugar el clásico papel en la construcción del orden social.

Ese fenómeno de la crisis de la política, que además parece ser universal, está relacionado con la caída de referentes importantes en la construcción de identidades como, por ejemplo, la idea de clases o el simbolismo de derecha izquierda, comunismo y democracia y ello ha llevado al mismo tiempo a planteamientos que pretenden la construcción de lo público fuera de lo político y de la actividad de los partidos. En el caso de Venezuela, algunos líderes regionales de proyección han abrazado esta tendencia.

Sin embargo, creemos como lo señala Melucci que lo que vivimos es un proceso redefinición de las funciones y límites de la política (Melucci, 1988); pero ese elemento es clave en la dinámica de los sistemas complejos actuales y en el destino la democracia.

En el caso específico del proceso de creación de identidades, la complejidad de la sociedad actual expresada en la pluralidad de espacios más y más autónomos, la multiplicidad de lógicas, la pulverización de los principios universales, la diversidad que implican los procesos de descentralización, etc.; le plantea a la po-

lítica, no ya, como diría Lechner “la unificación de la vida social”, sino el reto de cómo articular las diferencias y redefinir la ciudadanía a partir del resurgimiento de lo local que reivindica la dimensión política de la vida cotidiana.

Se trata de construir un nuevo sentido del orden, de un orden no homogéneo sino de un orden que sea capaz de articular las diferencias creando espacios de revalorización de la pluralidad democrática.

En Venezuela las recientes experiencias de elección de Alcaldes y Gobernadores y las demandas de profundizar la democratización de la sociedad por vía de los procesos descentralizadores, han sido, en parte, el producto del impacto político que ha tenido la sociedad civil reclamando mayor participación en las decisiones que le incumben; como es el caso del papel jugado por el movimiento vecinal en la reforma del Estado.

En un análisis optimista, podemos concluir diciendo que este es un paso importante en la construcción de la ciudadanía y que posiblemente estamos asistiendo a un proceso de configuración de nuevas identidades políticas a partir del surgimiento de nuevas redes de lo político en el espacio social (Mires, 1996) y en la reivindicación del espacio público local.

Por supuesto falta bastante camino que recorrer para el logro de una “cultura de ciudadanía extendida” (Calderón, 1996) que implique nuevos nutrientes a nuestra identidad con la democracia. Recorrido que se hace más dificultoso y lento debido a la resistencia al cambio que aún conserva nuestra cultura política y los partidos políticos con sus maneras tradicionales de hacer política y de construir identidades políticas.

Necesitamos repensar los elementos culturales que formarán parte de las nuevas maneras de construir el consenso para revertir la tendencia predominante de orientación utilitaria de la democracia hacia una conciencia extendida de derechos y compromisos.

También es importante reelaborar en el imaginario político venezolano el sustento de nuestra cultura política en la que aún resuenan con gran fuerza imaginativa las expresiones de patria, república, virtud, sacrificio y la permanencia del binomio política y moral, con la carga de sentido que el republicanismo le imprimió y que refuerzan en el imaginario popular la visión mesiánica y autoritaria como salida a la crisis. Tal como ha ocurrido con la figura de Bolívar y quienes a lo largo de la historia política del país han preten-

dido usarlo como el mito unificador.

Por supuesto que la democracia necesita recomponer su sentido ético y la construcción de nuevos mitos políticos<sup>12</sup> unificadores que refuercen afectivamente la identidad con la democracia. Pero esas recomposiciones tienen que hacerse desde nuestro presente, aunque se trate de una figura que indudablemente interpela aún el reconocimiento del venezolano en lo nacional, como es el caso de Bolívar.

Bolívar, "el padre de cuya mano hemos de transitar la ruta de la construcción de la nación", ha sido trasladado a través del tiempo con toda la carga simbólica que tiene la tradición republicana. Así, por ejemplo, esgrimiendo la restitución de la virtud política los militares que configuraron el movimiento bolivariano y que intentaron el golpe del 4 de febrero, se erigieron como los ungidos por el libertador para salvar la patria y lo mismo hicieron quienes frente al golpe salieron como los salvadores de la democracia.

Para que se produzcan los cambios necesarios para la composición de un nuevo imaginario político, el poder constructivo de la política tendrá que recomponer el tejido cultural de nuestra existencia como nación y crear nuevas identidades políticas en relación con la democracia.

Se amerita una transformación radical de los partidos políticos, instrumentos necesarios para crear el nuevo sentido del orden democrático y la reorganización del político.

Otro aspecto importante al plantearse la creación de nuevas identidades políticas en relación con la democracia, son los cambios que los nuevos procesos de comunicación introducen en la manera como se producen y circulan las identidades. En Venezuela, antes de la introducción de la televisión, los discursos políticos, las grandes concentraciones y el contacto directo con las masas constituían los medios más eficaces de comunicación política.

La complejidad de nuestras sociedades a partir de los procesos de modernización y la desterritorialización del mundo simbólico producto de la globalización plantean repensar los modelos de comunicación política adecuados para la creación de las identidades. En general en los países de América Latina el poder de los medios de comunicación como la televisión reside en conformar y proyectar imaginarios colectivos (Barbero; 1995: 337). Imágenes, representaciones, símbolos, etc., con los cuales nos identificamos.

Es necesario reconceptualizar las mediaciones que estructuran nuestro mundo simbólico en el ámbito político a partir de

la cultura de la imagen. Al mismo tiempo, es importante entender que la globalización pone en entredicho los sentimientos de pertenencia y arraigo y acorta los plazos que exige la madurez de horizontes compartidos, dificultando a la política elaborar proyectos de largo aliento. (Lechner, 1996: 109). Es necesario preguntarse, en consecuencia, si es posible construir identidades políticas duraderas o si es necesario aceptar la fugacidad de su existencia.

La industria y el mercado cultural afectan los procesos de construcción de la ciudadanía por sus efectos disolutivos en los espacios nacionales lo que hace aún más difícil una respuesta de carácter integrativo. Además, la tendencia pareciera ser diluir al ciudadano en un mundo de consumidores y al desplazamiento de la política como eje ordenador del mercado. En esta nueva lógica los medios de comunicación adquieren papel central en la construcción del sentido y en los criterios de validación social de la política.

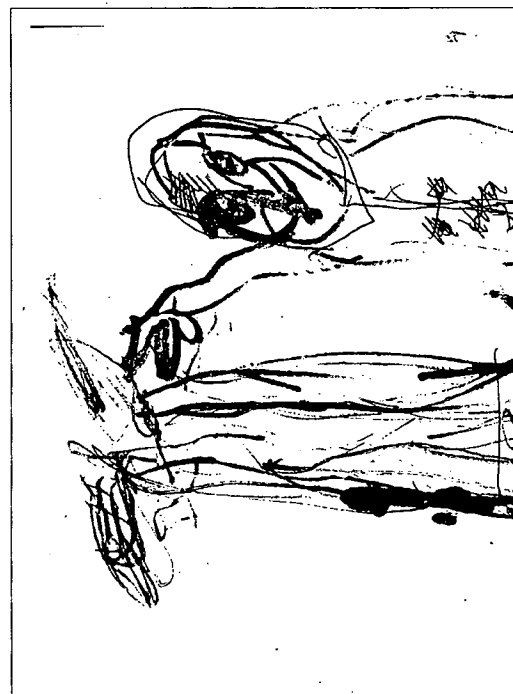
Se trata, como lo expresa Lander, de la efectividad simbólica de los medios de comunicación para crear hechos políticos y marcar la agenda política del país. (Lander y Uribe; 1988).

Esa tendencia de los medios a diluir al ciudadano en un mundo de consumidores se ve reforzada por la aparición de un discurso con una nueva racionalidad que intenta desplazar el eje partido-Estado como ámbito de creación de sentido por el mercado de símbolos.

Se trata de un nuevo reordenamiento simbólico neoliberal que empieza a deco-dificar los valores constitutivos de la democracia como el de libertad e igualdad ante el Estado por libertad e igualdad en el mercado. Se asiste a un proceso de resignificación de la democracia en donde el nuevo actor es el mercado que unifica a los individuos iguales y soberanos en su dinámica.

En ese nuevo reordenamiento simbólico, productividad, eficiencia, eficacia, competitividad empiezan a ser asumidos como los nuevos referentes de la orientación social.

Estamos en presencia de un discurso tecnocrático que se está expresando en la construcción de la imagen de líder gerencial con más efectividad para dar respuesta a las demandas sociales tanto en el espacio público como en el privado. La política ya no sirve para resolver los asuntos públicos. Se asume que los problemas fundamentales del país son de gerencia, desconociendo el papel de la cultura en las propuestas de cambio.



La imagen del gerente desplaza al político y la gerencia a la política. Frente a una imagen negativa del Estado, de los partidos políticos y de las instituciones del sistema político democrático, ha venido ganando espacio un discurso que plantea menos política, más acción, más decisión y promete eficiencia y eficacia.

Asistimos al desplazamiento de los ejes valorativos, situación que tiene su asidero en la desconfianza en la política y en la acción estatal y en un contexto en el cual el sistema de partidos no es capaz de captar el imaginario colectivo imbuido en su propia crisis ideológica, política y organizativa.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMOND, G. y VERBA, S. *La cultura política*. En: *Diez textos básicos de ciencia política*. VARIOS AUTORES. Ediciones Ariel S. A. España, 1992.
- BAENA, G. y MONTERO, S. *La identidad. Factor de construcción de imagen y credibilidad en la política*. Ponencia presentada en el XX Congreso Latinoamericano de Sociología. México, Octubre 1995.
- BARBERO, Jesús. *Notas sobre el tejido comunicativo de la democracia*. En: GARCÍA CANCLINI, Néstor. (Comp.). *Cultura y pospolítica*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Colección Claves en América Latina. México, 1995.
- BERMÚDEZ, Emilia. *El pensamiento Socialista Venezolano en la Coyuntura 1945*. Universidad del Zulia. Facultad de Derecho. Trabajo especial de grado para optar al título de Magister Scientiarum en Ciencias Políticas. Maracaibo, 1989.
- BERMÚDEZ, Emilia. *López: Bolivariano, Demócrata, Liberal y Modernizador*. Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Trabajo de ascenso para optar a la categoría de profesor asociado. Maracaibo, 1994.
- BISBAL, M. y NICODEMO, P. *La credibili-*



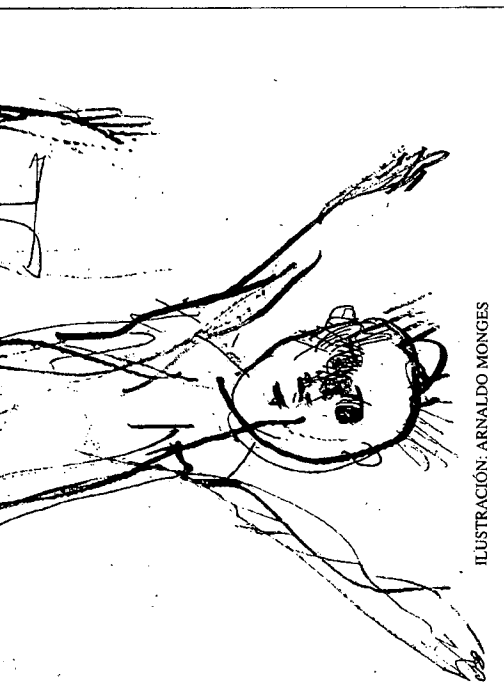


ILUSTRACIÓN: ARNALDO MONGES

Caracas, Venezuela, 1995.

- FUNDACIÓN PENSAMIENTO Y ACCIÓN: *Cultura democrática en Venezuela*. Informe analítico de los resultados de una encuesta de opinión pública. Caracas, Enero 1996.

- GONZÁLEZ F., Raúl. *¿Venezuela moderna?*. En: Revista *Sic*. Centro Gumilla, N° 579. Nov. 1995. Pp. 388 - 391.

- LANDER, E. y URIBE, G. *Acción Social, efectividad simbólica y nuevos ámbitos de la política en Venezuela*. En: VARIOS AUTORES. *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. C.L.A.C.S.O. 1988. Pp. 205- 223.

- LANDI, Oscar. *La trama cultural de la política*. En: LECHNER, Norbert (comp.). *Cultura política y democratización*. C.L.A.C.S.O, Argentina, 1987. Pp. 39 - 64.

- LECHNER, Norbert. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Segunda edición, Fondo de Cultura Económica, Chile, 1990.

- LECHNER, Norbert. *Problemas de cultura política en la teoría de la democracia*. México, 1993. (Mimeo).

- LECHNER, Norbert. *La política ya no es lo que fue*. En: Revista *Nueva Sociedad*, N° 144, Julio - Agosto. 1996. Pp. 104 - 113.

- MATO, Daniel. (Comp). *Teoría política de la construcción de las identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Editorial Nueva Sociedad. UNESCO. Caracas, 1994.

- MELUCCI, Alberto. *Los movimientos sociales y la democratización de la vida cotidiana*. En: *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. C.L.A.C.S.O, 1988. Pp. 197- 204.

- MIREN, Fernando. *La revolución que nadie soñó o la otra postmodernidad*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela, 1996.

- MOLINA, José E. *¿Por qué se alejan los venezolanos de los centros de votación? Hacia un modelo de la participación electoral en Venezuela*. En: Revista *Espacio Abierto*. N° 2. Pp. 63 - 86.

- MONTERO, Maritza. *Ideología, alienación e identidad nacional*. Ediciones de la Biblioteca U. C. V. Caracas, Venezuela. 1984.

- MOUZELIS, Nicos. *Populismo y clientelismo como modos de incorporación de las masas en sistemas políticos semio periféricos*. En: VILAS, Carlos. (Comp). *La democratización fundamental*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1990.

- NOVARO, Marcos. *Los Populismos Latinoamericanos Transfigurados*. En: Revista *Nueva Sociedad*. N° 144. Julio - Agosto. 1996. Pp. 90 - 103.

- PARÍS, María. *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. Plaza y Valdés editores. México, 1990.

- PÍA LARA, María. *La democracia como proyecto de identidad ética*. Editorial Anthropos, Barcelona. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México, 1992.

- QUIJANO, Aníbal. *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. En: VARIOS AUTORES. *Imágenes desconocidas*. C.L.A.C.S.O. Buenos Aires, Argentina, 1988.

- RAMOS, María. *De las protestas a las propuestas. identidad, acción y relevancia política del movimiento vecinal en Venezuela*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela. 1995.

- REY, Juan Carlos. *El futuro de la democracia en Venezuela*. En: SILVA, José A. (Comp.). *Venezuela hacia el año 2000*. Editorial Nueva Sociedad/ I. L. D.I.S. Caracas, Venezuela. 1989.

- ROMERO, Aníbal. *La miseria del populismo*. Ediciones Centauro. Segunda edición. Caracas, Venezuela. 1987.

*dad de la democracia*. En: Revista *Sic*. Centro Gumilla. N° 542. Marzo, 1992. Pp. 52-54.

- BOBBIO, Norberto. *El futuro de la democracia*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Cuarta edición. México, 1994.

- BRITO, Morelba. *Acción Democrática. Proceso de construcción discursiva. (1928-1941)*. Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Trabajo de ascenso para optar a la categoría de profesor asociado. Maracaibo, 1993.

- CALDERÓN, F.; HOPENHAYN, M. y OTTONE, E. *Esa esquiva modernidad*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela. 1996.

- CARRERA DAMAS, Germán. *El culto a Bolívar*. Ediciones de la Biblioteca, U.C.V. Caracas, Venezuela. 1973.

- CASELLA, Antonio. *Orígenes del pensamiento socialista venezolano. 1928-1936*. Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Trabajo de grado para optar al título de Magister Scientiarum en Sociología del desarrollo. Maracaibo. 1990.

- CASTRO LEIVA, Luis. *De la patria boba a la teología bolivariana*. Monte Avila Editores, Caracas, 1991.

- CONCIENCIA 21. *Los valores del Venezolano*. Estudio realizado para el I.F.E.D.E.C. Caracas, Venezuela, 1995.

- DÁVILA, LUIS. *Imaginario político venezolano*. Ediciones Alfadil. Publiandina. Caracas, Venezuela. 1992.

- ESTRADA, Marco. *Participación política y actores colectivos*. Plaza y Valdés editores, S.A. Mexico, 1995.

- FALETTO, Enzo. *Transformaciones culturales e identidades sociales*. En: VARIOS AUTORES. *Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada postmoderna*. C.L.A.C.S.O, 1988. Pp. 179-182.

- FLISFISH, Angel. *Consenso democrático en el Chile autoritario*. En: LECHNER, Norbert (comp). *Cultura política y democratización*. C.L.A.C.S.O, Argentina, 1987. Pp. 99 - 125.

- FLORES D'ARCAIS, Paolo. *Modernidad y política. Izquierda, individuo y democracia*. Editorial Nueva Sociedad. Colección Nubes y Tierra.

- TOURAINE, Alan. *Crítica de la modernidad*. Editorial Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, Argentina. 1994

- VILAS, Carlos. *El populismo Latinoamericano: Un enfoque estructural*. En: *La democratización fundamental*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México. 1994.

- WELSCH, Friedrich. *Venezuela: Transformación de la cultura política*. En: Revista *Nueva Sociedad*. N° 121, 1992. Pp. 16 - 20.

## NOTAS

1 Esta fue la consigna que identificó al partido Acción Democrática en sus primeros años.

2 Sobre el análisis de algunos de esos discursos, véanse los trabajos de Bermúdez 1989, Brito 1993, Bermúdez 1994 y Casella 1990.

3 Oposición al imperialismo que era interpretada de distintas maneras por las élites políticas y que fue motivo de importantes debates y rupturas.

4 Es un proyecto en donde el Estado asume la direccionalidad del proceso como redistribuidor de la riqueza y que ayuda, entre otros elementos, a entender por qué una vez instaurada la democracia en 1958; la modernización prometida no se produjera, para decirlo como lo expresaría Touraine, "...en forma de capitales, de empresarios, de esquemas de educación, sino de actores profundamente debilitados". (Touraine, 1994: 178).

5 Sobre la idea de Comunidad Política, consúltese los trabajos de Lechner 1990 y 1993.

6 Sobre estos principios, véase Novaro, "Los populismos latinoamericanos transfigurados". En revista *Nueva Sociedad*, 144, Caracas, Julio-Agosto, 1996, p. 94.

7 Por supuesto, no hay que olvidar el tipo leninista de organización sobre la que se fundan los partidos políticos en Venezuela. Elemento que afianza el personalismo.

8 Consúltese a Castro Leiva. *De la patria boba, a la teología bolivariana*. Monte Avila Editores, Caracas, 1991. Carrera Damas. *El culto a Bolívar*. U.C.V., Caracas, 1973 y Romero, Aníbal. *La miseria del populismo* Ediciones Centauro, Caracas, 1987.

9 El caso de las elecciones para gobernador del año 1995 en el Estado Zulia, fue un efecto demostrador de la delincuencia institucionalizada dentro del sistema electoral. En estas elecciones, la Junta Electoral, fue seriamente cuestionada y se produjo una gran movilización espontánea de la población exigiendo que se respetara la decisión popular. Es de resaltar, que los comicios favorecían a un candidato postulado por un partido de izquierda de nominado Causa Radical y cuyo discurso, se centraba en el rechazo de los partidos tradicionales Acción Democrática y COPEI. Además, se trataba de un líder del intento de golpe del 4 de febrero de 1992.

10 Sobre el concepto de crisis política manejado en este trabajo, consúltese a Mires; *La Revolución que nadie soñó o la otra postmodernidad*; 1996; p. 116.

11 De hecho, el triunfo electoral de Arias Cárdenas en las elecciones a la Gobernación del Estado Zulia en el año 1995, fue soportada en el mito de la construcción de la imagen de autoridad que evocaba su condición de militar y de bolivariano en el intento de golpe de febrero de 1992.

12 El mito político, tiene su fundamento, en un conjunto de creencias sustentadas en lo emocional-afectivo. Se expresa en un juego de imágenes que integran y movilizan para la acción política ■